

IAN MANOOK

YERULDELGGER

LA MUERTE NÓMADA

Traducción del francés de
José Manuel Fajardo



Título original: *Yeruldelgger, la mort nomade (III)*
Ilustración de la cubierta: Dinodia Photos / Alamy Stock Photo
Copyright © Éditions Albin Michel, 2016
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019
Ediciones Salamandra
www.salamandra.info

*A Bus, de nuevo y siempre.
A los míos y a quienes me han hecho.
¡A mí!*

*Un «bec» a Chrystine, Norbert y Ben,
por haber cuidado mi argot de Quebec.
Un «kush» a Évelyne y Natalia,
por haber soltado las riendas de mi yidis.
Un «beso» a mi DEUP, por haber corregido
mis tics y mis tropiezos a la hora de escribir*

«... Jamukha»

La pequeña furgoneta todoterreno azul rusa avanzaba tratando de mantenerse estable hacia la cima de la colina. La carrocería pintarrajeada se bamboleaba muy peligrosamente mientras los neumáticos medio desinflados aplastaban y disparaban guijarros contra los bajos del chasis. La pendiente y los desniveles determinaban la trayectoria al margen de los esfuerzos del conductor, que aferraba con sus manos de ogro el volante fino de baquelita de color marfil.

—Si sigues así terminaremos por volcar y bajar rodando hasta el valle. Y yo soy el que va en el asiento del muerto.

Con cada chirrido que lanzaban los resortes de la suspensión ante semejante maltrato, Al iba salpicándose de cerveza Chinggis tibia la camiseta con el lema «*Yes We Khan*».

—Si volcamos, moriremos todos —vaticinó Zorig, con las rodillas a los lados del volante y la cabeza contra el parabrisas; había encogido su cuerpo de gigante para caber en el habitáculo—. Pero eso es algo que no va a suceder. Estos cacharros son como las garrapatas. Se agarran al camino y ya no lo sueltan.

—Pues hubo una vez que nos hiciste caer al lago Airag, al sur de Khyargas —le recordó Naaran, que iba agarrado a la tapicería de escay del asiento trasero y golpeándose la cabeza contra el techo de metal visto.

—Aquel día fueron los frenos.

—¿Y en el barranco del Khangai Nuruu? —insistió Erwan, zarandeado por los botes sin ton ni son que daba la furgoneta—. ¿También fueron los frenos entonces?

—¡Ese día fueron los neumáticos! —exclamó Zorig, enfurecido.

—Y cuando te saliste de la pista, camino de Tchor, ¿te acuerdas? Aquella pista larga, totalmente recta y llana. ¿Aquello qué fue?

—...

—¿No serían elefantes, por casualidad?

Todos rompieron a reír. Todos menos Zorig, que estaba molesto e iba concentrado en su conducción errática.

—Ese día bien que nos echaste a la cuneta para evitar a un elefante, ¿verdad?

—Y qué, me equivoqué, le puede pasar a cualquiera, ¿no? Sé perfectamente que no hay elefantes en la estepa. No soy tan imbécil... Debió de ser otra cosa, un yak o un camello, yo qué sé. Estaba cansado.

—¿Cansado? No, ¡borracho! ¡Pedo, rojo como un cuenco de grosellas, a rebosar como una vejiga de yak! Deberías dejarme conducir —dijo, preocupado, Naaran.

—No mientras viva. Ésta es mi todoterreno. Y soy yo quien la conduce.

—Zorig, si no hay camino practicable al otro lado de la colina, no podremos dar media vuelta, ni siquiera ir marcha atrás.

—Sí que podremos. Ésta pasa por cualquier sitio. Además, detrás de todo siempre hay algo.

Ésa era una afirmación a la Zorig. Una afirmación irrefutable que a veces el futuro confirmaba. Al, Naaran y Erwan estaban buscando qué responderle, por una cuestión de principios, pero lo que vieron al alcanzar la cima los dejó sin palabras. Zorig detuvo la furgoneta con tal frenazo que casi caen por el barranco y luego pegó su cara de coloso al parabrisas constelado de impactos.

—Magnífico —siseó entre dientes.

—Más bien macabro —murmuró Al.

—Morboso —corrigió Naaran desde el asiento trasero.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó Erwan con inquietud, metiendo la cabeza entre el hombro de Zorig y el de Al para ver mejor.

—«Macabro» evoca una muerte en circunstancias trágicas, mientras que «morbo» no tiene nada que ver con la muerte. Es sólo algo malsano o anormal —explicó Al.

—Entonces es más bien *morbicabro* —zanjó Zorig.

—Y bello.

—Morbicabro y bello —aprobaron los demás mientras bajaban de la todoterreno.

Delante de ellos había un hombre desnudo y tumbado de espaldas contra una roca, como pegado a ella. Su cuerpo, arqueado de un modo inverosímil, se adaptaba exactamente a la forma casi redonda del saliente. Incluso la nuca parecía adherida a él. También los brazos, desencajados en los hombros y extendidos más allá de la cabeza, inclinada boca abajo, por el lastre de la pesada piedra que pendía del extremo de una cuerda anudada a sus muñecas. Por un lado estaban los pies amarrados a la base de ese peñasco enorme, y por el otro aquella piedra inmóvil colgaba en el vacío, tensando y ciñendo el cuerpo a la roca lisa.

—¿Está muerto? —preguntó Erwan sin atreverse a acercarse a él.

—¿Quién ha sido? —gruñó Zorig.

—No tengo ni idea. Quizá sea una especie de asesinato ritual...

—No hablo del tipo, ¡hablo de mis dibujos!

Erwan se dio la vuelta y vio a sus compañeros ocupados en descargar la furgoneta. Caballetes, papel Canson, acuarelas, carboncillos y grafitos. Sólo Zorig miraba hacia atrás, a lo lejos, más allá de la vieja UAZ, cuyas puertas entreabiertas con calzas de madera compensaban la ausencia de aire acondicionado.

—Todos mis apuntes desperdigados al viento. ¡Al menos podríais tener cuidado!

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Erwan, desconcertado.

—¡No podemos desperdiciar semejante modelo! —dijo Al.

—Pero ¡si está muerto! —exclamó indignado.

—Precisamente, inmóvil como está, resulta un modelo perfecto. Además, el tiempo para él no cuenta, así que ¿por qué tendría que contar para nosotros?

Erwan no supo qué contestar. Y eso que los conocía muy bien. Hacía diez años que viajaba desde Francia para unirse a ellos en aquellos talleres nómadas y salvajes a través de Mongolia. Desde su Bretaña natal, para ser más exactos. Cada año se pasaban dos o tres meses pintando en plena naturaleza, sin obligaciones, sin programa, sin itinerario. A lo nómada. Diez años atrás, en invierno, Erwan había coincidido con ellos en una residencia para artistas. Gracias a la tolerancia soviética por los artistas proletarios y a la predisposición a ocupar espacios abandonados del espíritu nómada, se habían instalado en un ala vacía del edificio de la Unión de Sindicatos, frente al palacio de Gobierno. Por supuesto, más adelante la especulación con los terrenos baldíos del centro de la ciudad los acabó expulsando, pero en aquella época Zorig lo acogió, impresionado con su cuaderno de bocetos de la costa de Bretaña y de Normandía. Tras presentarlo a los demás, se pasaron diez días seguidos bebiendo y pintando como locos. Fue Erwan, movido por la curiosidad del turista, quien tuvo la idea de la primera ruta salvaje. Los embarcó a todos en su Land Cruiser de alquiler para partir rumbo a las grandes estepas nevadas. Siguiendo los consejos de Zorig, uno de los más entusiasmados con el proyecto, salieron hacia el este, por Nalaikh, para luego avanzar hacia el sur y regresar por el oeste, ya en el distrito de Zuunmod, donde plantaron sus tiendas, tan inspirados como achispados, enfrente de la mole montañosa del Bogd Khan. Pintaron durante días enteros como poseídos, hechizados por las musas, diseminados por la estepa con sus caballetes y pinta de exploradores polares de otros tiempos, frente a la montaña sagrada iluminada por el sol bajo y frío del sur. Allí fue donde Zorig diluyó por primera vez el vodka en el agua de sus acuarrelas para evitar que se congelara. Y esas noches al raso sellaron su amistad, en cuyo nombre habían inaugurado el rito de compartir aquel brebaje colorido para soportar el frío dentro de sus finos sacos de dormir.

—¡Tenemos que pedir ayuda! —exclamó Erwan.

—¡Qué ayuda, si está muerto!

—Pues al menos llamar a la policía.

—Ya conoces la norma, siempre salimos sin teléfono.

—Entonces me alegro de habérmela saltado —dijo el francés sacando un *smartphone* de su bolsillo.

—¡No me lo puedo creer! —saltó Zorig, arrancándole el aparato de las manos para estrellarlo contra una piedra—. Ésa es nuestra norma, Erwan: viajamos y pintamos, nada más. Cortamos con todo y con todo el mundo. ¡Así es el arte nómada, joder!

—¿Arte nómada? ¿Qué arte nómada? —dijo Erwan cabreado al ver su iPhone 6 hecho añicos—. El primer jinete que vimos llevaba un móvil en el bolsillo de su *deel* y tenía una antena parabólica en la puerta de la yurta. Sólo les falta el GPS enganchado a la silla del caballo cuando galopan. ¡Así que no me jodas con tu arte nómada!

—Pero es que ésa es la fuerza de nuestro proyecto, bretoncito de mierda —dijo Zorig—. El retorno a la estepa. La pureza del trazo a través de la pureza de los orígenes. El color primero. La luz de antes, la que llevaba los mensajes, los lutos y las bodas, las penas y las alegrías, los gritos y los llantos a través del tiempo y el espacio, ¡antes del teléfono!

—Eh, ¿dónde se ha metido Naaran? —dijo Al, interrumpiendo la disputa, con el caballete bajo el brazo y los pinceles en la mano.

—¡Estoy aquí!

Los tres se asomaron al vacío en dirección a la voz. Su compañero se había colgado de la pendiente rocosa, justo por debajo de la piedra que lastraba el cuerpo. Una perspectiva estética e insólita, o al menos eso pensaron todos. La piedra en primer plano, el brazo estirándose del otro extremo de la cuerda, los ojos en blanco, la nuca pegada a la curva mineral de la roca.

Zorig se volvió instintivamente para verificar el color del cielo. Azul inmóvil. Ese cabrón de Naaran siempre encontraba las líneas de fuga más hermosas en encuadres inmensos de colores puros.

—Deberíais ponerlos a ello —dijo—, es realmente magnífico.

—Pero ¡está muerto, mierda! —le gritó Erwan.

—Bueno, pues hasta luego entonces —dijo Al mientras se alejaba.

—¿Cómo que *hasta luego*? ¿Qué haces, Al? ¿Adónde vas? Pero ¡¿qué os pasa, joder?! ¡Es un cadáver!

Al se alejó sin responder. Unos años atrás, los tres artistas mongoles se habían presentado por sorpresa en casa de Erwan, en Bretaña, y se habían quedado diez semanas. Las playas inmensas con marea baja, el mar de fondo, tan denso y lechoso como una ostra gruesa, el viento azotando la costa, donde su anfitrión los había animado a plantar sus caballetes, habían impresionado profundamente a Al. Pero fue incapaz de pintar. Nada. No supo conseguir el verde de las resacas tornasoladas, ni las brumas plateadas, ni el brillo del agua, ni su transparencia ancha y redonda. Se había quedado seco de inspiración, estéril; inmóvil y mudo durante horas en medio del viento que le agujoneaba la piel con el polvo de granito y de las explosiones atronadoras de los chorros de espuma, que salían propulsados como un géiser a los pies del acantilado. Anegado en lágrimas ante la inmensidad de un horizonte que le arrebató el arte. Vacío. Desde entonces, ya en Mongolia, Al siempre plantaba su caballete apartado de los otros, se quedaba mirando fijamente la estepa hasta hipnotizarse y dejaba que volvieran los recuerdos. De los amarillos de las mareas bajas, de las corrientes irisadas, del verdigrís del mar de fondo, de las olas oscuras y azules bordadas de encaje de espuma o los acantilados immaculados desgredados de hierbajos. Desde hacía tres años, Al no hacía más que pintar marinas bretonas en el corazón de la estepa.

Erwan se volvió hacia Zorig, que seguía echando pestes por haber perdido sus dibujos.

—Zorig, tenemos que hacer algo. ¿Habías visto antes algo parecido?

Zorig se acercó a él de mala gana y, en silencio, observó unos segundos el cadáver.

—Sí —soltó por fin.

—¿Sí, qué?
—Que sí lo he visto...
—¿El qué? ¿Alguien muerto de esa manera?
—Sí, pero en un grabado, en un libro. La muerte de Jamukha.

«... cuatro meses sin hacer el amor»

Yeruldelgger llevaba un buen rato mirándola agachado detrás de la roca. Desde que había distinguido su silueta en la cima de la colina azulada de artemisas, al otro lado del valle salpicado de flores de aster plateadas y frágiles como el rocío de un alba transparente. Era una mujer. A caballo. Lo había adivinado por su manera de montar. No tan echada hacia delante como un hombre. Ni tan tiesa sobre los estribos. Ni tan fiada a la fuerza de los brazos para controlar la montura. Más armoniosa, con las caderas más anchas, abrazando con las piernas la panza del caballo para formar un solo cuerpo con él. Era buen jinete. Aunque desde tan lejos no podía distinguirle la cara, podía deducir su edad por la línea de los hombros y la curvatura de la espalda. Debía de estar cerca de la suya. En la otra vertiente de la vida. Pero todavía vigorosa.

Era imposible que ella no lo hubiera visto. Cuando él había salido del sueño acolchado de su yurta, su silueta apenas perceptible ya se recortaba contra el cielo de la colina. No había duda de que desde allí, bajo el frío de la mañana que precede al calor intenso, estaba esperando a que él diera señales de vida. Por lo tanto, ella lo había visto salir al fresco, con su *deel* sin ajustar, y dirigirse hacia la roca. Y, por supuesto, sabía quién era. O, al menos, qué tipo de hombre era. Habría reparado en la ausencia de rebaño. No había cabras para el cachemir y la leche, ni ovejas para la leche y la

carne, ni camellos para la carga, ni yaks para la crema. La suya no era la yurta de un nómada. Era la de un *bono*, un burgués que se las daba de nómada. Seguro que ella había contado sus tres caballos e incluso adivinado desde tan lejos que no tenía yegua. Ni con qué fermentar la leche para hacerse el *airag*. De modo que más o menos se había hecho una idea de él, y luego había esperado a que diera señales de vida. Tampoco le cabía duda de que ella sabía perfectamente qué hacía él detrás de la roca.

Sin hacer un gesto, la mujer ordenó al caballo descender la colina al paso, y él la vio aproximarse. No se dirigía a la yurta. Se acercaba tranquilamente, sin que lo que él estaba haciendo la detuviera. Yeruldelgger apoyó firmemente los pies sobre las tablas, separándolos un poco para tener más estabilidad. Por encima de la roca tan sólo asomaba su cara, con una expresión jocosa. La jinete remontaba ahora la ladera de su lado del valle, inundado del primer sol de la mañana y tapizado de gencianas, claveles enanos y geranios salvajes. Cuando estuvo a medio camino, Yeruldelgger vio que llevaba un *deel* reluciente, bordado con unos motivos dorados, y un arco en bandolera. De la silla de montar colgaban unas alforjas y un carcaj del que sobresalía el emplumado amarillo y verde de un puñado de flechas. Eso lo puso de buen humor. La visión de aquella guerrera, aquella amazona bajo la luz del amanecer, era inesperada y le encantaba, a pesar de lo incómodo de la posición que él había adoptado. Dejó que se acercara mientras admiraba su maestría en la monta, su gracilidad y el porte altivo a pesar de la edad. Había acertado. La mujer llevaba sobre los hombros el peso de al menos la mitad de una vida, pero la expresión tranquila de su rostro hacía pensar que todavía le quedaba mucho por vivir. De nuevo, sin hacer un gesto, detuvo el caballo a la distancia justa para poder hablarle.

—Supongo que no vale la pena que te pida que sujetes a tus perros —dijo ella con una sonrisa que le rejuveneció el rostro de mujer vivida.

—La verdad es que no, en efecto —respondió Yeruldelgger, espantando una mosca que zumbaba alrededor de sus rodillas.

—He venido a pedirte ayuda —dijo ella.

—¿De verdad crees que estoy en condiciones de socorrer a alguien?

—Puedo esperar.

—Eso es justo lo que yo no podía hacer —dijo él, divertido.

—Estoy buscando a mi hija, ha desaparecido. Quiero que me ayudes a encontrarla.

Yeruldelgger permaneció unos instantes concentrado en lo que estaba haciendo y en lo que ella acababa de pedirle.

—¿Por qué yo?

—Porque sé quién eres.

—¿Lo sabes?

—Sí, eres Yeruldelgger.

—Entonces también sabes que ya no estoy en la policía.

—Lo sé. Por eso te he escogido. No quiero a un funcionario para encontrar a los que se han llevado a mi hija. Quiero a alguien que me ayude a castigarlos.

Otro díptero coprófago lustroso e iridiscente rodeó la roca, desdeñando las graciosas gencianas que salpicaban la hierba tierna de un azul luminoso, para merodear detrás de él.

—Escucha, abuela, soy consciente de la reputación que me han dado mis últimas investigaciones, pero no soy un justiciero. O mejor digamos que ya no lo soy.

Un atisbo de orgullo hizo que la mujer alzara el mentón y su porte se irguiera sobre el caballo.

—¿No crees que has vivido un poco más que yo como para permitirte tratarme de abuela?

—Como quieras, abuela, seguramente tienes razón, pero de pronto, así subida en lo alto de la montura, tienes aspecto de estar jugando a las Amazonas.

—Eso es porque no esperaba encontrarme a un Alejandro de tan poca talla cagando de esa manera, agachado entre las gencianas y las amapolas.

—Cago como lo han hecho siempre los nómadas, hermanita, y como supongo que debió de hacerlo también tu Alejandro: en un agujero excavado en la inmensidad de la estepa. ¿Así que yo sería tu Alejandro Magno? ¿De qué conoces las leyendas antiguas?

Ella no respondió y sacó de una de las alforjas que colgaban de su silla una botella de plástico llena de *airag*. Con el cuello completamente arqueado hacia atrás, de cara al cielo, bebió tres tragos largos de esa tibia leche de yegua fermentada por el sol y el sudor del caballo y luego se la tendió a Yeruldelgger, que la rechazó.

—Es un poco pronto para mí.

—Te equivocas. Esto es bueno para lo que tienes.

—Lo que tengo es algo cotidiano y natural; no te preocupes por mi tránsito intestinal, hermanita.

—De todos modos, cuando tengas un momento, busca esa planta lanuda de tallo alto y gris que en verano florece en corolas pequeñas de color rosa pálido. Pon a hervir sus raíces, pélalas y déjalas macerar en agua fresca de río. No es común en nuestras tierras, pero la encontrarás en las llanuras húmedas. Los europeos preparan con ella golosinas blandas. Así te resultará más fácil hacerlo por la mañana y te encontrarás mejor.

—Así que somos Myrina la Amazona y Alejandro Magno en el reino de las letrinas —dijo Yeruldelgger—. Una vez más: ¿de qué conoces esa leyenda?

—Yo soy como tú, una bono, una burguesa nómada. Vivía en Ulán Bator y enseñaba Historia.

—¿Y cuándo se produjo tu gran retorno a la naturaleza?

—Hace ya veinte años.

—Entonces eres más nómada que burguesa, ¿no?

—Por desgracia, en nuestra cabeza somos siempre lo que éramos al principio.

—¡Espero que no! —suspiró Yeruldelgger.

Le dolían un poco las rodillas, relucientes por la flexión, y detrás de la roca otros dípteros más temerarios le hacían cosquillas en las nalgas sin ninguna vergüenza.

Ella lo miraba en silencio desde lo alto del caballo mientras el alba se evaporaba como si aquella fuera la primera mañana del mundo.

—Evidentemente, soy muy consciente de que no estoy en una situación ventajosa —concedió él.

—Por lo que veo sigues siendo un buen mozo, abuelo.

—Me tomo lo de *buen mozo* como un cumplido y lo de *abuelo* como un gesto de deferencia, pero puestos a escoger te habría preferido más irrespetuosa.

—¿Cómo? ¿Es que querrías que a nuestra edad nos encontráramos como Myrina y Alejandro, para engendrar en trece días de coitos ininterrumpidos al hijo más hermoso del conquistador más grande de todos los tiempos y de la más cruel de las reinas guerreras?

—No, pero habría preferido que me hubieras visto como un guerrero conquistador y no como un anciano cagando.

Ella se inclinó hacia el costado de la silla para alcanzar otra alforja y sacó un rollo rosado de papel higiénico Lotus Aquatube de triple espesor, versión china, que le lanzó sin avisar. Él lo atrapó al vuelo sin levantarse de su lugar tras la roca.

—¡Estamos entre bonos! —se burló ella.

—Hermanita, no te ofendas, pero esta parte prefiero hacerla en la intimidad. Espérame en la yurta. Allí encontrarás todo lo necesario para preparar té.

Ella lo miró, con media sonrisa en el rostro, y su montura dio media vuelta sin que ella hubiera tocado siquiera las riendas. Pero no se alejó.

—¿Me tomas por tu mujer sumisa? ¿Por tu cuñada? ¿Por tu abuela devota? Eres tú quien tiene que ofrecerme ese té. Yo soy la viajera que viene de lejos. Es a ti a quien corresponde el deber de la hospitalidad.

Ella le hablaba de espaldas, con las manos posadas tranquilamente en el pomo de la silla. Él aprovechó para vestirse y se frotó las manos con arena. Luego la alcanzó y la sobrepasó sin detenerse. Oyó cómo el caballo lo seguía al paso.

—Entonces, has dicho que han secuestrado a tu hija.

—Yuna desapareció de casa hace tres meses.

—Pensaba que eras una bono que vivía en una yurta.

—Sólo unas almas moribundas como las nuestras irían a buscar en la tradición el regreso a los orígenes. Una chica de hoy en día por nada del mundo aceptaría perder su juventud en una tienda plantada en el culo del mundo, a cientos de kilómetros del Maxi Best Of más cercano.

—Debías de ser una buena profesora —dijo él, burlándose de su vocabulario—, pero puede que no hayas sido tan buena madre... ¿Tu hija vivía contigo?

—No, compartía un chalet con otros estudiantes, en los suburbios de Dalanzadgad.

—¿Y está desaparecida?

—Sí, se fue con un grupo a protestar contra no sé qué proyecto minero en el Gobi y no regresó.

—¿Qué dicen los otros, los que la acompañaban?

—Iban repartidos en varios coches. Regresaron jugando a meterse por pistas diferentes a través de la estepa, haciendo apuestas estúpidas sobre quién llegaba primero. Al volante iban unos chicos que se las daban de rebeldes sin causa, más en plan *Fast and Furious* que en plan James Dean. Creyeron que ella se había perdido y la esperaron en Dalanzadgad. Pero nunca llegó.

—A su edad, tú también jugabas a esas estupideces, ¿no?

—Por supuesto, pero en esa época, estuviera borracha o perdida, mi caballo siempre me traía de vuelta por sí solo hasta el campamento.

—No hay duda de que un Toyota tiene menos instinto que un alazán del Grokhi. ¿Yuna iba sola en el coche?

—No. Iba con su amiga Gova.

—¿Y Gova?

—También está desaparecida.

Caminaron en silencio. Delante de ellos, varios cientos de metros de llanura florecida de edelweiss y luego una cuesta suave hasta la línea erosionada de otra colina, más allá del río. Éste acababa en un talud de verdor, un kilómetro más lejos, que frenaba el avance del gran desierto de arena ondeante de dunas que se extendía del otro lado como la marejada inmóvil de un océano. Mucho más lejos, en el horizonte, como si se tratara de otro acantilado, se alzaban los últimos contrafuertes marrones de la cadena montañosa del Altái. La estepa no era sino una sucesión de olas inmóviles de piedras ocres, hierbas azules y arena dorada. Cuando se las mira de reojo durante la ascensión a una cima, pegadas a un cielo bajo e inmenso, uno siente como si el oleaje lo levantara. Y descender por el otro lado, a pie o a

caballo, llevado por el impulso y la pendiente, resulta tan embriagador como surfear una ola en el océano. Al menos eso era lo que imaginaba Yeruldelgger, que nunca había visto un mar de verdad. Sin embargo, no había sido él quien había elegido aquel lugar. El Nergüii, su maestro de pensamiento en el séptimo monasterio, lo había hecho por él. Allí, alejado del caos de Ulán Bator, debía meditar, apaciguar la ira y encontrar el perdón por todos los crímenes que había cometido.

Llegaron al río, en cuya orilla había una jarra y una palan-gana bocabajo. Yeruldelgger pidió a la mujer que lo disculpara un momento. Se desvistió sin atisbo de pudor, le pidió que pusiera su ropa en un lugar seco, para no dejarla sobre la hierba todavía perlada de rocío, y se lavó el cuerpo echándose agua del río con la jarra. Cuando estuvo limpio, y tras arrojar el agua sucia en la hierba, lejos de la orilla, entró en la corriente helada para bañarse. Ella admiró sin disimular sus músculos nudosos, que se tensaban bajo el sobrepeso incipiente, contó todas sus cicatrices, una a una, y no dejó de mirarlo cuando se dirigió hacia ella con el sexo encogido por el frío.

—Al fin y al cabo, puede que tú sí seas una especie de Alejandro —bromeó al tenderle la ropa.

—Ni lo sueñes, hermanita, este cuerpo machacado ha librado demasiados combates como para resistir trece noches de celo.

—Con una bastaría. Yo tampoco soy la reina de las amazonas.

Él se estaba poniendo los pantalones, pero se detuvo para mirarle el rostro. Ella lo observaba como lo hacen las mujeres en Mongolia. Sin vergüenza y directo a los ojos.

—¿Cómo te llamas?

—Tsetseg.

—¿Y por qué, abuela con nombre de flor, crees tú que han secuestrado a Yuna?

—¿No te han llegado esos rumores horribles sobre chicas que desaparecen sin dejar rastro y a las que nadie vuelve a ver?

—No, ¿tú sabes de otros casos de desaparición?

—Tengo plantada la yurta a la entrada del valle de Yol. He tardado seis días a caballo en llegar a la tuya. Durante esos seis días he oído hablar al menos de otras dos desapariciones.

Llegaron a la yurta, ella a caballo y él a pie, ligeramente por delante y hablándole sin volverse. Ella no esperaba que él la ayudara a bajar, y él tampoco hizo ademán de que fuera a hacerlo. Sin embargo, entró el primero en la tienda para poder recibirla. A ella le alegró descubrir que la yurta estaba arreglada respetando las tradiciones. Él le indicó, como se debe, el lugar, al fondo a la izquierda, reservado para los invitados, y ella dejó el arco y las flechas en el exterior por respeto a los espíritus de los ancestros. Se sentó en el suelo con las piernas medio recogidas, apoyándose en la colorida cama de las visitas y con cuidado de que sus pies no apuntaran a la estufa central, y sacó de un bolsillo una tabaquera pequeña que le ofreció con las dos manos, los brazos extendidos y las palmas hacia arriba. Él la aceptó, arrodillándose cerca de ella para darle las gracias, la contempló, abrió el cierre de latón de la tapa y le ofreció a su vez una pizca de tabaco para liar. Cogió un poco para él antes de levantarse e ir a preparar el té salado con mantequilla. Bebieron en silencio la primera taza humeante, y luego ella le contó todo lo que sabía de las desapariciones de chicas en la región. Él la escuchó sin interrumpirla. Después de una hora sin parar de hablar, ella se quedó en silencio y él se levantó a preparar más té. Cuando Yeruldelgger se dio la vuelta para llenarle de nuevo la taza, ella estaba de pie y desnuda, con una sonrisa imperceptible en los labios a pesar de su mirada, que nada pedía. Yeruldelgger no dijo palabra. Miró aquel cuerpo, que mostraba su edad sin avergonzarse, tal como ella había mirado el suyo junto al río, sin pudor. Ella se le acercó para desnudarlo y él no opuso resistencia.

Mucho más tarde, cuando ella quiso empezar otra vez, él salió al sol riendo y apoyó la *urga*, bien derecha, al lado de la puerta. Según la tradición, una pértiga de madera clavada orgullosamente hacia el cielo lanzaba un mensaje muy claro a la estepa: dentro había un hombre empalmado y una mujer satisfecha.

Por la tarde, agotados los dos, ella preparó el té.

—Gracias por este regalo —le murmuró al oído.

—Pero... —replicó él, percibiendo una reserva en el cumplido.

—Pero me has hecho el amor como un hombre que ama a otra.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Demasiado ardor para un cuerpo avejentado como el mío, demasiada ternura para una desconocida que sólo has visto un día, demasiadas atenciones para un amor de paso. ¿Cómo se llama ella?

—... Solongo.

—¿Y no está aquí?

—No, vive en Ulán Bator.

—¿Eso no queda un poco lejos de tu cuerpo?

—Tú eres la prueba de que sí...

—Lo siento por ella, pero dale las gracias de mi parte.

—¿Por qué?

—Por haber hecho posible este amor nómada. ¿Vas a ayudarme de todos modos a encontrar a Yuna?

—¿Y a castigar a quienes la han secuestrado?

—¡Y a castigarlos, sí!

—Escucha, estoy aquí porque en mi vida anterior no había más que violencia y cólera. Mi maestro, el Nerguii, me ha vuelto a dar una oportunidad, la última. Es un sabio; recibí sus enseñanzas de joven. Siguiendo sus consejos, me he retirado apartado de todo en busca de lo que los cristianos llaman «redención» y que él define como «retorno a la armonía». ¿Qué voy a decirle si ahora me voy contigo en busca de venganza?

—Nada —dijo ella—. Si es cierto que ese viejo maestro tiene poderes, simplemente deberías pensar que ha sido él quien me ha traído hasta ti...

Yeruldelgger sonrió ante su sensatez. Tenía la soltura del desengaño, sin vanidad ni arrogancia pero también sin vergüenza. Estaba desnuda delante de él a pesar de su edad porque ése era el orden de las cosas. Y él se lo agradecía. Ella se subió el pantalón y se cruzó el *deel* sobre los pechos con una elegancia que le sorprendió, por la naturalidad y serenidad del gesto.

—Tú también deberías ponerte algo e ir a verlo, ya hace un buen rato que te espera.

—¿Tú también has reparado en él?

—Se ha mantenido a cierta distancia, pero no ha intentado esconderse.

Yeruldelgger se puso a su vez el pantalón, aunque salió de la yurta con los pies y el torso desnudos. El hombre estaba allí, a caballo, delante de la puerta, y era una mujer. Yeruldelgger se extrañó de no haberlo adivinado, como había hecho con Tsetseg. Era bastante alta, más bien bonita y mucho más joven que la mujer a la que acaba de amar. Llevaba un *deel* de seda azul pálido, un pantalón negro y unas botas de cuero blando.

—Buenos días, abuelo. Como he visto la *urga* en la puerta, he preferido no preguntarte por tus perros y esperar.

—Has hecho bien, hermanita. ¿A qué esperas?

—Te espero a ti —dijo ella sin pestañear.

Mantenía la misma postura orgullosa sobre el caballo que Tsetseg unas horas antes, sólo que un poco más tensa. Un poco más varonil.

—Me halagas —respondió Yeruldelgger sonriendo—, pero no soy polígamo, ni siquiera en amores nómadas.

—Ya tengo bastante con los míos, abuelo, créeme. Me alegra que la vieja jinete y tú os hayáis encontrado, pero no vengo por tu cuerpo. Vengo por el mío.

Tsetseg había salido para unirse a Yeruldelgger en el umbral de la yurta. Hombro con hombro frente a la joven amazona, como una pareja de ancianos de la estepa.

—No veo qué puede necesitar tu cuerpo —respondió él—, pero si está herido por fuera o dañado por dentro, ni soy médico ni soy chamán.

—No se refiere a su cuerpo —lo cortó Tsetseg.

—¿Cómo?

—No estás hablando de tu cuerpo, ¿verdad?

—No —respondió la joven.

—Ajá, ¿lo ves?

—¿Ver, qué? ¿Qué significan esas medias palabras de vieja bruja nómada? ¿De qué cuerpo está hablando entonces? —dijo Yeruldelgger irritado, volviéndose hacia Tsetseg.

—Pregúntaselo a ella, ¡después de todo es suyo!

—Bueno, se acabó, ¿de acuerdo? ¿Qué cuerpo es ése? —dijo él con exasperación, mirando a la joven jinete.

—El de un hombre que he encontrado a una hora de galope de mi casa.

—¿Herido?

—Muerto.

—¿Y sabes quién es? ¿Lo conocías?

—Yo también había plantado la *urga* a la puerta de mi yurta. Compartía amores nómadas con él desde hacía varios días.

—¡Vaya con el polen afrodisíaco de los edelweiss de la estepa! ¿Y para qué me necesitas? ¿Para llevar el cuerpo hasta tu yurta?

—No, ya no tengo yurta.

—¿Y por qué no tienes yurta?

—Los que mataron a ese hombre la quemaron.

—¿Por qué?

—Era extranjero.

—¿Y crees que por eso lo mataron y te castigaron? ¿Habéis sido víctimas de una de esas redadas racistas?

—No. Creo que lo mataron por lo que él era y que quemaron la yurta por lo que él había escondido en ella.

En ese momento, Yeruldelgger sintió aflorar sus viejos reflejos de investigador cansado. Se masajeó el rostro con las anchas palmas de las manos para activar la mente de poli y poner un poco de orden en lo que acababa de oír.

—Escucha, hermanita, ¿por qué no nos presentas lo ocurrido de una manera más ordenada y simple? Mira, algo así como: «Fulano escondía tal cosa en mi yurta y por eso Zutano la ha quemado después de matar a Fulano.» ¿Puedes hacerlo?

Ella no parecía entenderlo. O no quería, lo que venía a ser lo mismo. Así que Yeruldelgger se resignó a hacerle una última pregunta.

—¿Sabes al menos qué era lo que escondía él en tu casa y que sus asesinos querían recuperar?

—Sí —respondió ella.

Yeruldelgger esperó unos instantes mientras repasaba todos los parámetros, varioaltímetros y cuadrantes del potenció-

metro de su cólera. Llevaba cuatro meses retirado por orden del mismísimo Nerguii, lejos de todo, lejos de su ciudad, lejos de su antiguo trabajo, lejos de sus amigos y del cuerpo y el alma adorada de la mujer a la que amaba, y en pocas horas se había rendido a su primer amor nómada, con una vieja amazona, y a su primer ataque de cólera, con otra más joven. Tsetseg tenía razón: ¡uno siempre es lo que era al principio!

—¿Y bien? —consiguió articular a través de las mandíbulas, que apretaba para contenerse.

—¿Y bien qué?

—Hermanita, soy un ex poli apenas arrepentido de haber vivido veinte años de violencia. Me has arrancado de los brazos de la primera mujer con la que hago el amor tras cuatro meses de descanso. Has venido a mi retiro a despertar todos los demonios que antaño me hicieron perder la cabeza y el trabajo, así que no me saques de quicio, que además me sienta fatal, y dime las cosas sin obligarme a arrancártelas. ¡Eres tú quien ha venido a buscarme, no lo olvides!

Montada en el caballo, la chica alzó la vista al cielo, indecisa, como calibrando la propuesta. Yeruldelgger estaba a punto de explotar, pero Tsetseg le puso suavemente una mano en el brazo para pedirle que tuviera paciencia. Luego la chica se decidió, introdujo una mano bajo el *deel* de seda azul y como por arte de magia sacó un paquete de hojas medio calcinadas y se lo tendió.

—¡Esto! —dijo ella.

Yeruldelgger se acercó y alargó un brazo hacia los papeles. El caballo, sorprendido por el movimiento, se encabritó y la joven jinete le susurró unas órdenes a la oreja para calmarlo. Un estremecimiento eléctrico le recorrió la grupa y sacudió las crines en señal de sumisión, pero, quizá para que Yeruldelgger lo considerara un animal valiente, atrapó las hojas entre el hocico baboso. Sólo se salvaron las que la bestia no tuvo tiempo de masticar con sus molares amarillentos. En ellas había cifras y cálculos alrededor de unos esquemas curiosos.

—¿Qué es esto? —preguntó Yeruldelgger.

—No lo sé —respondió la joven.

—Entonces, ¿por qué has venido a verme con ello?

—Por lo que hay escrito detrás.

Yeruldelgger giró una hoja y distinguió algunas palabras a pesar de la caligrafía, muy fina y abrupta. «*Réseau de décrochements, orogénèse hercynienne, sédiments piégés, structures de déformation.*»¹

—Está en francés —dijo Yeruldelgger con asombro.

—Por supuesto, ¿por qué crees que he venido a verte a ti?

—¿Qué? ¿Cómo sabes que hablo un poco de francés?

—Has vivido demasiado tiempo en la ciudad, abuelo. ¡Estás en la estepa, y aquí todo se sabe!

Yeruldelgger se volvió hacia Tsetseg, incrédulo, para ponerla por testigo.

—¿Te lo puedes creer? ¡Sabía que hablo francés!

—Claro, y yo que llevabas cuatro meses sin hacer el amor.

1. «Red de separación, orogénesis herciniana, depósitos de sedimentos, estructuras de deformación.» (N. del t.)